

Toulouse-Lautrec

Celebración de la bohemia

Guadalupe Loaeza

Henri de Toulouse-Lautrec, el gran pintor de la noche bohemia parisina, una de las figuras mitológicas de la pintura moderna, aparece en este texto de Guadalupe Loaeza con el claroscuro de su miseria y esplendor.

¡El París de la *Belle Époque*, feliz periodo de la historia europea! A lo largo de cuarenta años, los europeos trataron de dejar atrás los malos recuerdos de la guerra franco-prusiana, sin saber que, en 1914, los esperaba nuevamente la guerra, la más horrible de todas, en la cual moriría prácticamente toda una generación de jóvenes. Francia, Inglaterra y Rusia fueron los centros de los grandes lujos y de las novedades. Como dice José Emilio Pacheco: “Quien no conoció el mundo anterior a 1914 no sabrá nunca lo que fue la dulzura del vivir”, porque en esa época todo era nuevo: la luz eléctrica, el cine, el teléfono, el metro, los taxis, la fontanería, la telegrafía inalámbrica y el fonógrafo.

Entre el Quai d’Orsay y la Rue Bonaparte se encontraban las casas de las familias más distinguidas, los miembros de aquello que en Francia se llamaba *le gratin*, “lo más selecto” de la sociedad. Aunque muchos de ellos eran conservadores y tradicionalistas, conforme pasaban los años ninguno quería seguir viviendo entre reliquias familiares, y decidieron conquistar ¡París! Naturalmente, estos aristócratas comenzaron a frecuentar la nueva moda, “las revistas”, representaciones teatrales con canciones y bailables. Pero, en especial, los franceses y extranjeros se maravillaron con el *music hall* llegado de Londres, en el Folies Bergère.

Ese París nocturno, lleno de luz, botellas de colores, acróbatas, bailes, prostitutas, cuplés, operetas, pero, so-

bre todo, movimiento, quedó perpetuado por la mirada del pintor Henri de Toulouse-Lautrec (1864-1901). Puede decirse que “el país de Toulouse-Lautrec” no era iluminado por el sol, sino por la luz eléctrica. Su vida empezaba cuando la gente común se iba a dormir y él salía a los cabarets de París. Quienes lo veían entonces sabían que por su enanismo —sólo medía 1.52 metros— y su rostro cada vez más deforme tenía una existencia desdichada.

No obstante, el pintor llegó a decir: “¡Y pensar que nunca habría pintado si mis piernas hubieran sido más largas!”. Como dice el crítico Giorgio Caproni:

Por hermoso o feo que fuera, bueno o malo, culpable o inocente, a él le interesaba sólo una cosa: no perder la buena ocasión que se le había ofrecido trayéndole al mundo, y mirar el mundo, verlo, descubrir su secreto en las líneas precisas de un rostro, de un brazo, de un vestido.

A los ocho años, Henri llegó a París con su familia, procedente del pueblo de Albi, en los Pirineos. Pertenecía a una de las familias más ilustres de Francia. Como sucedía en muchas de estas familias, que se casaban entre parientes para no dividir la herencia, Henri fue hijo de dos primos hermanos, Alphonse de Toulouse-Lautrec y la condesa Adèle Tapié. Henri nació en el castillo medieval donde vivía su familia, el Hôtel du Bosc.

En 1868, nació su hermano, Richard, quien sólo vivió un año.

Henri pasaba la mayor parte del tiempo en cama. Entonces, a los cuatro años, comenzó a pintar con los lápices de colores que su madre le regaló. Por suerte, la condesa guardó cientos de hojas que ahora preserva el Museo Toulouse-Lautrec de Albi, en los que se puede ver su proceso de aprendizaje. En esos dibujos se constata el amor que Henri tenía por el movimiento y por la vida, es decir, por aquello que le estaba negado. Tal vez su madre se sentía culpable por la salud tan frágil de su hijo y por eso pasaba tantas horas a su lado, y quizá se sentía apesadumbrada porque en el fondo Henri era fruto de un matrimonio por conveniencia y Alphonse desde hacía tiempo había seguido su camino y casi nunca se le veía en el castillo.

En varias ocasiones, Henri pintó a su madre con rostro de bondad y abnegación. Gracias a las cartas familiares, nos podemos percatar de que la Condesa Adèle era enfermizamente religiosa, hipocondriaca, histérica, pero sobre todo muy avara. Dice Matthias Arnold en *Toulouse-Lautrec. El teatro de la vida* (Taschen, 2007), que esta relación tan dominante desembocó en las reacciones extremas que el pintor manifestaba, intentos desesperados por romper el cordón umbilical:

Se explica entonces el carácter pendular de la vida de Lautrec: de la élite de la nobleza a la bohemia de Montmartre; del castillo a los cabarets y prostíbulos.

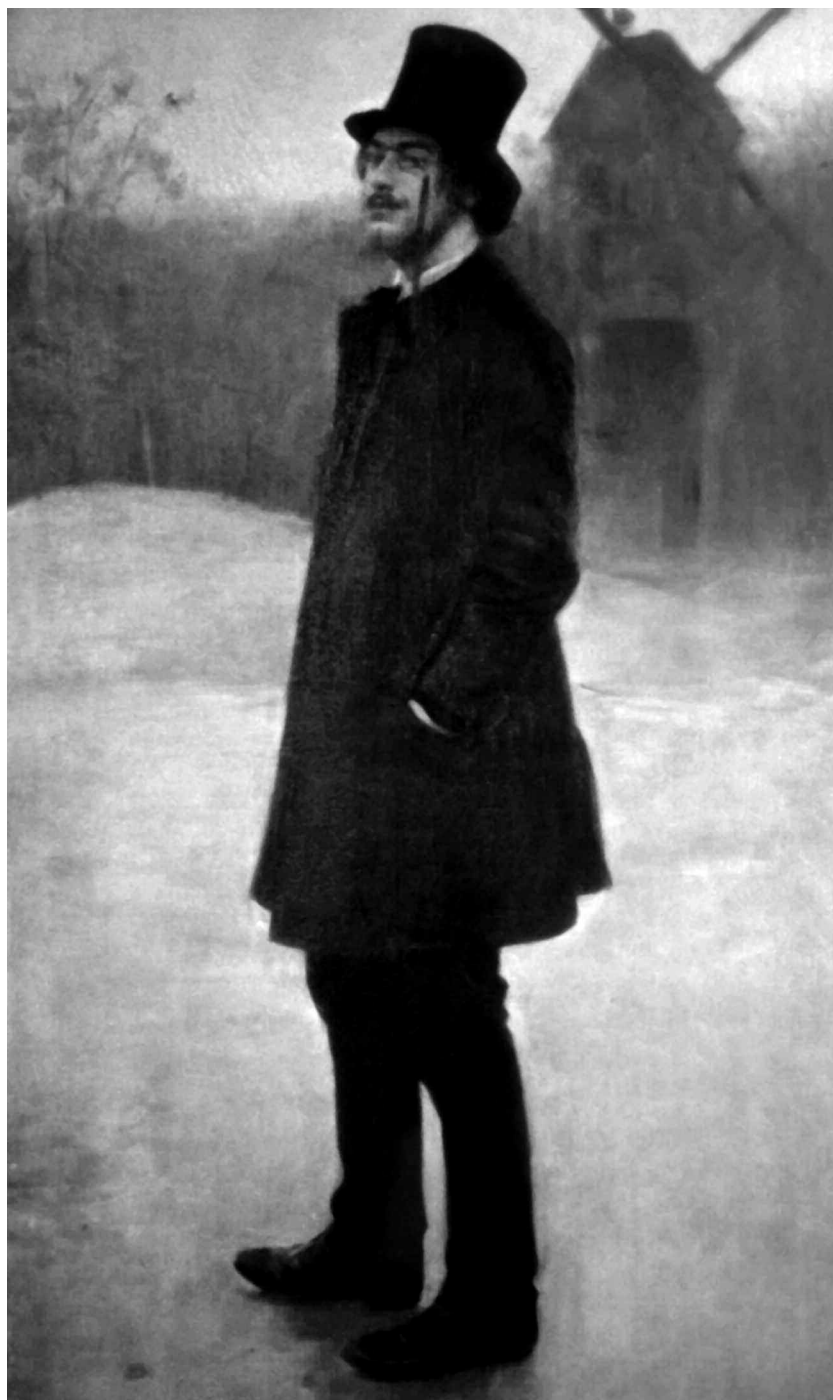
Sí, era como si sólo en esos burdeles pudiera encontrarse a sí mismo, lejos del dominio de su madre. ¿Por qué eligió sitios tan peligrosos y en los que la gente podría burlarse de su físico?, ¿y cómo es que se convirtió en un hombre tan respetado? Tal vez, como dice la crítica Renata Negri, sólo el resplandor de sus ojos negros llenos de melancolía lo salvaba del ridículo.

Cuando la familia se trasladó a París, un artista dedicado a pintar animales, sobre todo caballos, comenzó a frecuentarla. Este pintor, René Princeteau (1843-1914), era sordomudo, pero eso no impidió que triunfara en los salones parisinos. Cuando vio que Henri tenía grandes dotes para la pintura se ofreció para darle clases y hospedarlo en su estudio de la Rue Saint-Honoré. Lo más importante es que Princeteau logró que los padres de Henri lo dejaran pintar, ya que el conde no aceptaba su talento; quería que Henri fuera militar o jinete. Mas ocurrió una tragedia que no tenía nada que ver con la voluntad del futuro pintor, pero hizo que su padre se desilusionara de él. A los trece años, Henri se fracturó la pierna izquierda y, al año, la derecha. La fragilidad de sus huesos hizo que la familia aceptara que su hijo tenía una enfermedad hereditaria, picnodisostosis, enanismo, osteoporosis y anoma-

lías craneales. Por eso su rostro fue deformándose hasta volverse grotesco.

Alphonse nunca le perdonó a su hijo que no fuese militar o jinete y se alejó de él. Cuando Henri tenía doce años, su padre le regaló un libro con una dedicatoria en la que le decía: “Recuerda, hijo, que sólo la vida al aire libre y a la luz del sol es saludable; todo lo privado de libertad se daña y muere pronto”.

Toulouse-Lautrec no se desanimó nunca a causa de su enfermedad. A los catorce años se dio cuenta de que su vida sería distinta y asumió que siempre sería sólo un “espectador”. Sin embargo, nunca se dio por vencido y en su obra no hay amargura ni desánimo. Al contrario, en todos sus cuadros hay una mirada limpia de prejuicios, pues como le gustaba decir: “¡Uno es horrible, pero la vida es hermosa!”. **U**



Henri de Toulouse-Lautrec